

CAPITULO III.

RELACIONES INTERNACIONALES.

§ 1.—Aislamiento de los Hebreos.

«Yo soy el Eterno, vuestro Dios, y os he separado de los demás pueblos, á fin de que seais míos» (1). El culto del verdadero Dios es el fundamento de la nacion judía; este es el progreso que el mosaismo ha realizado. El pueblo elegido debe guardar el dogma de la unidad divina, hasta que venga el tiempo en que pueda ser comunicado á la humanidad. Pero ¿cómo evitar la pérdida ó la alteracion de la verdad en medio de un mundo entregado á la idolatría? Los Hebreos mismos se sentian inclinados á la adoracion de los ídolos; era, pues, necesario violentar sus costumbres, creándoles una existencia aparte, al abrigo de las seducciones de una religion material, que ejercen grandísima influencia sobre los espíritus groseros. Para conseguir este objeto, el gran legislador se vió precisado á aislar á los Hebreos. El aislamiento es á un mismo tiempo la causa de su grandeza y de su debilidad. Dando á los Israelitas usos y costumbres incompatibles con las de los demás pueblos, recargándolos de ritos y de ceremonias particulares, para que fueran siempre extranjeros entre los demás hombres y no pudieran mezclarse con ellos, Moises les comunicó aquella fuerza asombrosa que los conservó á pesar de su dispersion y de una opresion secular (2). Pero el legislador violaba en esto las condiciones

(1) LEVÍTICO, XX, 24, 26.

(2) TACIT., *Hist.*, V, 4.—ROUSSEAU, *Gobierno de Polonia*, c. 2.

de la naturaleza humana, y esto no se hace impunemente. Los Judíos quedaron encadenados á una idea única; la consideraban como la verdad absoluta: la soledad desarrolló en ellos aquel espíritu mezquino y obstinado que les impidió ver la luz que salía de su seno; fomentó aquel orgullo desmesurado que se asemejaba al odio hácia los demás hombres. Así el aislamiento dió origen en el seno del pueblo elegido al mismo espíritu de division hostil que dominaba en todo el mundo antiguo. ¿Debemos acusar de esto á Moises? Su doctrina es la unidad y la solidaridad del género humano: si aisló á los Hebreos no fué con intencion de romper todo lazo entre ellos y la humanidad, sino porque el aislamiento era una necesidad de su mision. Dios cuidará de que la verdad, depositada en el mosaismo, traspase las fronteras de la Judea é ilumine al mundo entero.

Todos los pueblos de la antigüedad se creian razas elegidas. Esta orgullosa pretension tenía en los Hebreos, en cierto modo, una sancion divina: «Los cielos de los cielos pertenecen al Eterno, tu Dios, así como la tierra y cuanto sustenta. Y, sin embargo, el Eterno no ha amado más que á tus padres, y entre todos los pueblos no ha elegido más que á vosotros, que sois su posteridad» (1). Jehová celebra una alianza especial con Abraham, y confirma este tratado con Isaac, Jacob é Israel; á fin de distinguir á sus descendientes de los demás hombres, ordena á Abraham la circuncision de todos los hijos varones. Los Judíos estaban convencidos de que Dios no habia revelado más que á ellos la verdadera religion: «no ha hecho lo mismo á todas las naciones, dice el Salmista, y no conocen sus mandamientos» (2). La raza que Dios habia juzgado digna de esta eleccion, se creia, por lo mismo, superior al resto del género humano. Abramos el Deuteronomio: «El Eterno te pondrá á la cabeza de los pueblos, y estarás siempre sobre ellos, mientras obedezcas sus mandamientos» (3). Los Judíos eran en cierto modo, respecto de las otras naciones, lo que la

(1) DEUTER., X, 14, 15.

(2) SALMO CXLVII, 19, 20.

(3) DEUTER., XXVIII, 13. Compárese XXVI, 19.—Moises dice al Eterno: «Tu pueblo y yo serémos más admirables que los demás pueblos de la tierra» (EXO-DO, XXXIII, 16.—Compárese XXXIV, 10).

casta de los sacerdotes es en la India respecto de las castas inferiores: era «un pueblo de santos» (1). ¿Cómo no habian de desdenar á los infieles, si eran los únicos iniciados en la verdad y estaban marcados por Dios con un signo de eleccion? (2). Aún en tiempo de Jesucristo los Judíos consideraban á los extranjeros como *mancillados é impuros*; se purificaban cuando volvian de la plaza pública ó de cualquier sitio en que podian haber tocado á un pagano (3). De la aversion religiosa á la hostilidad no hay más que un paso: el gran apóstol de los Gentiles les echó en cara el ser enemigos de todos los hombres (4). La acusacion de San Pablo se ha conservado como el estigma de aquellos que, habiendo sido favorecidos por Dios con una mision elevada, ven en ella un título de poder en lugar de ver una carga ó un deber.

El orgullo de los Judíos provocó ya en la antigüedad la aversion y el desprecio de los extranjeros. Un rey de Siria puso sitio á Jerusalem; la ciudad se vió precisada á capitular. Los amigos de Antioeo le aconsejaron que la tomara por asalto y exterminara sus habitantes, «porque de todos los pueblos eran los únicos que no querian tener relacion de alianza con las demas naciones á quienes consideraban como enemigas. Habian sido arrojados de Egipto cubiertos de lepra, impuros, aborrecidos por los dioses y habian venido á ocupar las cercanias de Jerusalem, adoptando instituciones particulares, y distinguiéndose principalmente por su odio al género humano» (5). Los Judíos, evitando el trato con los extranjeros, autorizaban en cierto modo estas preocupaciones. No eran ménos absurdas las imputaciones de los antiguos que los crimenes

(1) DANIEL, VIII, 24.—*Pueblo santo* (DANIEL, XII, 7), ó *los santos* (SALMO XVI, 3; XXXIV, 10.—DEUTER., XXXIII, 3).

(2) DEUTER., VII, 6: Porque tú eres un pueblo consagrado al Eterno tu Dios; el Eterno tu Dios te ha escogido á fin de que tú seas un pueblo precioso entre todos los pueblos que hay sobre la faz de la tierra.» Compárese DEUTER., XIV, 2, 21.

(3) HECHOS DE LOS APÓSTOLES, X, 28.—SAN MARCOS, VII, 4.—SELDEN, *De jure nat.*, II, 15.

(4) SAN PABLO, I Tesalonic., II, 15.

(5) DIODOR., *Fragm.* XXXIV, 1.—Compárese la narracion de LYSÍMACO, sobre la expulsion de los Judíos de Egipto (JOSEF., C. APIÓN., I, 34, s). Se representa allí á los Judíos como una raza de hombres impuros, sacrilegos.—TÁCITO repite estas invenciones del odio (*Hist.*, V, 2, s).

imaginarios de que los acusó en la Edad Media la credulidad de los cristianos (1). «Los Judíos, se decia, tenian una ley de sangre, en virtud de la cual todos los años cogian un Griego, y, despues de haberlo engordado, lo llevaban á un bosque; allí lo mataban y ofrecian su cuerpo en sacrificio; comian su carne y arrojaban los restos en una zanja, reiterando el juramento de conservar odio eterno á la raza helénica.» Decíase tambien que los Judíos juraban por el Dios, Creador del cielo, del mar y de la tierra, no hacer nunca bien á ningun extranjero (2). Los poetas fueron los intérpretes de las preocupaciones populares: «No enseñan el camino, dice Juvenal, á los viajeros que no son de su secta; no indican una fuente más que á los circuncidados» (3). Los espíritus más distinguidos sufrieron la influencia de estas preocupaciones. Tácito y Suetonio (4) hablan de los Judíos como del *desecho* del género humano. El desprecio que pesaba sobre la nacion reflua sobre su culto. Quintiliano hace de Moises el legislador de una partida de bandoleros. Plinio lo representa como el fundador de una secta mágica (5). Unos creian que los Judíos adoraban el cielo y las nubes (6); otros los convirtieron en adoradores de Baco (7). Algunos escritores llegaron á decir que el Dios de los Judíos era una cabeza de asno ó de cerdo (8).

§ II.—Los Hebreos puestos en relacion con la humanidad por medio del comercio y de la guerra.

Sin embargo, aquellos enemigos del género humano eran sus mayores bienhechores. En su soledad conservaron intacto el depósito de la verdad que Moises les habia revelado. El dogma de la

(1) BURIGNY, *Memoria sobre los errores de los autores profanos respecto de los Judíos* (*Hist. de la Academia de las Inscripciones*, t. XXIX, p. 199-208).

(2) JOSEF., C. APIÓN., II, 7, 10.

(3) JUVENAL, XIV, 97, s.—RUTIL., *Itiner.*, I, 383, s.

(4) TÁCIT., *Ann.*, XV, 48.—SUETON., *Ner.*, 16.

(5) QUINTIL., *Instit.*, III, 7.—PLIN., *H. N.*, XXX, 2, 6.

(6) JUVENAL., XIV, 97.

(7) PLUTARC., *Quæst. Conviv.*, IV, 5, s.—TÁCIT., *Hist.*, V, 5.

(8) JOSEF., C. APIÓN., II, 7.—TÁCIT., *Hist.*, V, 4.

unidad divina no había de ser un privilegio del pueblo escogido; estaba destinado á iluminar á toda la humanidad. Era, pues, preciso que los Hebreos saliesen de su aislamiento y se mezclasen con las demas naciones.

Los restos de la raza de Israel andan hoy dispersos por el universo; considerados como extranjeros en todas partes, han adoptado costumbres de ciudadanos del mundo. Los Judíos no han sido siempre viajeros y comerciantes. Moises no prohíbe los viajes, no reprueba el comercio; pero sus instituciones están combinadas de manera que concentran en la Palestina la existencia de los Hebreos. Solamente en Jerusalem podia practicarse el mosaismo con todas sus prescripciones; la tierra extranjera era «una tierra manchada» (1). Los viajes eran considerados casi como una apostasía; el que habite fuera de la tierra santa, dicen los Talmudistas, es un adorador de las estrellas (2). Todo Judío era propietario, pero su propiedad era inalienable; la nacion estaba, pues, íntimamente unida al suelo, que era su única riqueza.

Los Hebreos tenían, sin embargo, por vecino al pueblo comerciante por excelencia; pertenecian á la misma raza que los Fenicios, y mantenian con ellos buenas relaciones; ciertas circunstancias accidentales hicieron más íntimas sus relaciones, y los movieron á participar del comercio de Tiro (3). David se apoderó de dos puertos situados en la extremidad septentrional del golfo arábigo, y los abrió á los de Tiro. Ambas naciones hicieron entónces los célebres viajes de Ofir. Aquel comercio famoso, que ha ocupado tanto á los sabios, preocupó poco, segun parece, á los Hebreos; no era fruto del genio de la nacion, sino de la alianza pasajera de

(1) AMÓS, VII, 17.—Compárese OSEAS, IX, 3.—El extranjero, el no circuncidado es impuro (ISAÍAS, LII, 1). La Palestina es la tierra de los justos, la tierra de los vivos (SALMO CXV, 9; XXVI, 14).

(2) CUNÆUS, *De Rep. Hebræor.*, II, 23. Hé aquí por qué David, obligado á ex-patriarse, eleva sus quejas á Saul: «Si los que excitan tu cólera contra mí son hombres, son malditos, puesto que me separan de la sociedad y de la herencia de Dios, y me dicen: «Vete y sacrifica á los dioses extranjeros» (I, SAMUEL, XXVI, 19). Por este motivo, dice ESPINOSA (*Tract. Theol. polt.*, c. XVII) que ningun ciudadano podia ser condenado á destierro: el culpable merece, en efecto, el suplicio del cuerpo, y no la muerte del alma.

(3) TYCHSEN, *De commerciis et navigationibus Hebræorum* (*Comment. Societ. Goetting.*, t. XVI).

su rey con un pueblo de navegantes. Así es que no se nota que aquellas lejanas expediciones hayan ejercido grande influencia en las ideas internacionales de los Hebreos; no tardaron éstos en volver á su aislamiento. En vísperas ya de la destrucción de Jerusalem, decia el historiador *Josefo*: «Como el país que habitamos está léjos del mar, no nos dedicamos al comercio, y no tenemos comunicacion con las demas naciones. Nos contentamos con cultivar nuestras tierras, y trabajamos principalmente en educar bien á nuestros hijos y en practicar nuestra religion» (1). Hasta despues de su dispersion no se desarrolló en ellos el espíritu comercial; viéndose privados de sus tierras, se hicieron comerciantes, por necesidad, y continuaron, como factores del universo, la mision que la Providencia les habia encomendado, la de preparar la unidad del mundo.

Para sacar á los Hebreos de su soledad, fué necesaria la guerra, la cual sirve, segun los planes de la Providencia, para unir á los hombres. Las naciones teocráticas no son guerreras; pero Dios las pone en comunicacion con la humanidad, inspirando á otros pueblos la ambicion de las conquistas. La India y el Egipto, aislados por su religion, fueron visitados por los conquistadores. Los Israelitas no tuvieron en un principio más que guerras oscuras con las poblaciones de Canaan; estas hostilidades no hubieran dejado recuerdo alguno, á no haber sido immortalizadas por la poesia. El pueblo de Dios empezó á representar un papel más importante, cuando la monarquía concentró todas sus fuerzas. Desde entónces cesó su aislamiento político. Los libros sagrados han hecho célebres las relaciones internacionales de David. «Hiram, rey de Tiro, envió á David embajadores, y maderas de cedro, y carpinteros, y canteros, los cuales edificaron la casa de David.— Despues de esto murió el rey de los Hammonitas, y le sucedió su hijo Hanun. Y dijo David: «Seré bondadoso con Hanun, hijo de Nabas, como su padre ha sido bondadoso conmigo.» Por lo cual David envió sus servidores á que le consolasen por la muerte de su padre» (2).

(1) JOSEF., C. APION., I, 12.

(2) II, SAMUEL, V, 11; X, 1, 2.

Estas relaciones se extendieron durante el reinado de Salomón, y el poder de los Hebreos se desarrolló considerablemente. Los reyes de Egipto no se desdijeron de contraer alianza con los descendientes de la raza maldita, que en otro tiempo había vivido despreciada y oprimida en el valle del Nilo. Salomón se casó con la hija de un Faraón. Las relaciones con los Fenicios hicieronse más frecuentes y más íntimas á consecuencia de la construcción del Templo. Salomón envió á decir á Hiram: «Ya sabes que mi padre David no pudo erigir una casa dedicada al Eterno á causa de las guerras que le movieron sus enemigos. Ahora Dios me ha concedido paz por todas partes: he resuelto, por consiguiente, erigir un templo al Eterno. Por esto pido que se corten los cedros del Líbano; te daré para tus operarios la recompensa que me pidas, porque ya sabes que no hay entre nosotros nadie que sepa trabajar la madera como los de Sidón» (1).

Las relaciones de Salomón no fueron exclusivamente políticas. Su sabiduría extendió la gloria de su nombre hasta los países más lejanos: «Y todos los habitantes de aquellos países deseaban ver á Salomón, para escuchar la sabiduría que Dios había dado á su corazón; y cada cual le llevaba su presente, vasos de plata, vasos de oro, trajes, armas, aromas, caballos y mulas» (2). Debemos descontar en este relato lo que corresponde á la exageración oriental; sin embargo, la tradición tiene un fondo de verdad. La reputación de sabio proporcionó á Salomón la célebre visita de la reina de Sceba (ó Sabá): «Habiendo llegado á oídos de la reina la reputación de Salomón, quiso comprobarla, proponiéndole cuestiones oscuras (3). Y Salomón se las explicó.» Entonces la reina de Sceba dijo al rey: «Lo que he oído decir en mi país acerca de tu sabiduría es cierto. Yo no lo he creído hasta que he venido y mis ojos lo han visto, y ahora conozco que no me habían dicho la

(1) I, REYES, v.

(2) I, REYES, x, 24, 25.

(3) Esta costumbre estaba en uso en el Oriente. Sansón propuso un enigma á los jóvenes de Timna (JUECES, xiv, 12). Hiram y Salomón se enviaban el uno al otro enigmas para descifrarlos (JOSEF., c. *Apion.*, I, 17, 18, *Antiq. jud.*, VIII, 5, 3. — EUSEB., *Chron.*, t. I, p. 177. — PLUTARCO (en el *Banquete de los siete sabios*, c. 6) cuenta una lucha por este estilo entre el rey de Etiopía y el rey de Egipto.

mitad de la verdad; tu sabiduría es superior á tu fama» (1).

¿Quebrantaban la ley de Moisés aquellas relaciones y aquellas alianzas con pueblos extranjeros? *Michaelis* dice que el legislador de los Hebreos no prohibió los tratados con las naciones idólatras, y que únicamente les prohibió unirse con los habitantes de la Tierra Prometida, á fin de que no se separaran del culto del verdadero Dios. En cuanto á los profetas, el sabio historiador cree que sus quejas eran más bien políticas que religiosas, y que reprobaban la alianza con la Asiria y con el Egipto, porque veían en ella un germen de ruina para su patria (2). Lo que hay de cierto es que los tratados con el extranjero estaban poco en armonía con el espíritu del mosaísmo. El legislador quería que los Hebreos, después de la conquista de la Palestina, viviesen aislados, cultivando sus tierras y adorando al Eterno. Si la fuerza de las cosas ocasionaba cuestiones con los pueblos extranjeros, debían poner su confianza en Dios y no en los hombres, cuya fuerza no es más que debilidad. El profeta *Hananías* dice al rey de Judá: «Por haberte apoyado en el rey de Siria y no haberte apoyado en el Eterno, tu Dios, el ejército del rey de Siria ha huido de tí.» — «¡Ay de aquellos, exclama *Isaías*, que bajan á Egipto en busca de auxilio; se apoyan en los caballos y ponen su confianza en sus carros! El Eterno es sabio, él hace venir los males; los Egipcios no son más que hombres, y no son el Dios fuerte» (3).

Las predicciones de los profetas se cumplieron. En cuanto surgieron en el Asia occidental las grandes monarquías, los Hebreos no pudieron conservar su independencia. Después de vencidos fueron conducidos á Babilonia. Los profetas predijeron las desgracias de la raza escogida: «Los abandonaré para que sirvan de oprobio, de risa y de maldición en todos los sitios donde los arroje» (4). Pregúntese á los poetas hebreos la causa de la destrucción de Israel, y responderán que «los hijos de Israel habían pecado contra

(1) I, REYES, II, 1-10. La reina de Sceba venía de la Arabia feliz (SAUBIN, *Dissertaciones*, t. V, p. 261 y sig. — EWALD, *Geschichte des Volkes Israel*, t. III, P. I, p. 91).

(2) MICHAELIS, *Mos. Recht*, t. I, § 61.

(3) II, CRONIC., XVI, 7. — ISAÍAS, XXXII, 1-3.

(4) JEREMÍAS, XXIV, 9.

el Eterno, su Dios, tributando culto á otros dioses, que el Eterno se irritó contra Israel y los abandonó» (1). Estaban tan imbuidos los Hebreos en el dogma de un Dios envidioso y vengativo, que atribuían sin vacilacion sus infortunios á sus extravíos. Este punto de vista teológico no carece de verdad; pero hoy, que adoramos en Dios la providencia y la bondad á la par que la justicia, ¿cómo no hemos de ver en la maravillosa dispersion del pueblo elegido algun designio más que un castigo? En la época de la conquista, los Hebreos estaban en plena disolucion moral y religiosa (2); era necesario un choque violento para reavivar el sentimiento de la unidad divina. El cautiverio de Babilonia salvó al mosaismo y aseguró el porvenir de la humanidad. La fe de los Judíos se reanimó en las miserias de la servidumbre, y se depuró al contacto de una religion que reconocia igualmente la unidad de Dios. Cuando Ciro les devolvió la libertad, estaban como transformados; ya no se observaron en ellos las tendencias á la idolatria ni los desfallecimientos tan frecuentes ántes de su destierro; su fe fué inquebrantable, pero habia sido profundamente modificada por los dogmas del mazdeismo (3).

Iniciados los Judíos en las creencias del Oriente, concentraron toda su actividad en la vida religiosa, como si presintieran que el largo trabajo de la antigüedad tocaba á su fin. Pero ántes de producir una religion nueva, necesitaban los Hebreos entrar en comunión con una raza que podia tambien considerarse como elegida por Dios, porque sus sabios, lo mismo que los profetas, eran los precursores de Cristo. Las conquistas de Alejandro extendieron el helenismo en Asia; los Judíos, sujetos á la dominacion de los Seleucidas, y trasladados en parte al Egipto por el héroe de Macedonia y por sus sucesores, vivieron en medio de la civilizacion griega. El mosaismo, que habia recogido en Oriente los dogmas de Zoroastro, experimentó entónces la influencia de la filosofía.

La sabiduría extranjera tuvo que luchar para penetrar en el pue-

(1) II, REYES, XVII, 7, 18, compárese *Ib.*, 8-17 y II *Reyes*, XVIII, 12.

(2) Su religion no era más que un grosero politeísmo (HERZFELD, *Geschichte des Volkes Israel*, p. 43 y sig.).

(3) LESSING, *Die Erziehung des Menschengeschlechts*, n. 34-52.

blo de Dios. Los Judíos helenistas fueron considerados como apóstatas por los Judíos de la Palestina. En vano los ricos comerciantes de Alejandría enviaban regalos considerables al templo de Jerusalem; los habitantes de la Tierra Santa se creian poco ménos que manchados por su contacto (1). La traduccion de los Setenta fué condenada como una profanacion: aseguran los rabinos que la tierra se cubrió de tinieblas durante tres dias; dicen que todavia dura el ayuno para pedir perdon á Jehová por el sacrilegio cometido traduciendo los libros sagrados á una lengua extranjera (2). El ódio de los antiguos Hebreos hácia sus hermanos griegos, sostenido tal vez por la envidia, llegó á tal extremo que se lanzó solemne maldicion á aquellos Judíos que enseñaban á sus hijos la lengua de la Grecia (3). Pero la oposicion al triunfo de la civilizacion helénica fué inútil. Jerusalem, la ciudad santa, vió erigirse en su seno «un colegio á la manera de los Gentiles.» Se lee en el libro de los Macabeos, «que hasta los sacerdotes hacian poco caso de las cosas consideradas en su país, y tenian por más conveniente sobresalir en todo aquello que estaba en boga entre los Griegos» (4). Los partidarios de las doctrimas extranjeras acabaron por ocupar el trono: un rey de los Judíos, calificado de Filohelena, Herodes el Grande, fué nombrado superintendente de los juegos olímpicos (5). Sin embargo, el mosaismo tenía demasiada vida para ser absorbido por el helenismo. Por el contrario, en las altas esferas de la teología hubo una tentativa para conciliar las especulaciones de la Grecia con la doctrina de Moises; la filosofía de *Pilon* desempeñó un gran papel en los últimos trabajos de la ciencia antigua. Las sectas judías se asimilaron las enseñanzas de las escuelas de la Grecia sin abdicar de su origen helénico (6).

Así la Judea recogió en su seno las creencias del Oriente y la filosofía del Occidente. El terreno estaba admirablemente preparado para hacer germinar una doctrina nueva. La mision de los

(1) CUNÆUS, *De Rep. Hebræor.*, II, 23.

(2) PASTORET, *Moises considerado como legislador*, p. 551 y sig.

(3) CUNÆUS, III, 4. — PASTORET, *Moises*, p. 553-555.

(4) I, MACABEOS, XV; II, MACAB., IV, 14, 15.

(5) JOSEFO, *Antiq.*, XVI, 9.

(6) JOST, *Geschichte der Israeliten*, t. I, p. 152.

Judíos era abrir camino á Cristo. Este es el secreto de su dispersion por todo el mundo. La tráslacion de los Israelitas á Babilonia, y á Egipto fué el punto de partida de aquel inmenso destierro. Solamente una parte de los Judíos volvió á Palestina; la mayor parte, hechos ya colonos ó propietarios, permanecieron en su nueva patria; las largas revoluciones que sobrevinieron á la muerte de Alejandro los dispersaron por toda el Asia hasta la China. Los Judíos de Egipto se esparcieron por África y por Europa. Al cabo de poco tiempo no hubo un rincon en el globo adonde no hubieran llegado los descendientes de Israel, y cada uno de ellos era un misionero del Dios de Moises, que anunciaba la venida del Mesías. Los Griegos y los Romanos extendieron su dominacion y su influencia por medio de las colonias y de las armas. Los Judíos, pueblo teológico, trataron de conquistar el mundo por el pacífico medio del proselitismo.

§ III. — El Proselitismo.

Los Paganos no tenían idea alguna del proselitismo; la palabra y la idea proceden de los Judíos. Ellos y los budhistas son los únicos que han ambicionado propagar su religion. Las mismas causas que indujeron á la propaganda á los discípulos de Cristo animaban también á los sectarios de Moises; su caridad era menor, pero su conviccion de que el culto de Jehová, único verdadero, debía extenderse por toda la tierra, era tan profunda como la fe de los Cristianos. Los antiguos no comprendían el afán de los Judíos por propagar su supersticion; así es que se burlaron de él (1). Hasta Jesucristo parece reprenderla en los doctores y en los fariseos: « Desgraciados vosotros, exclama, que recorreis la tierra y el mar por hacer un prosélito » (2). Pero estas palabras deben entenderse más bien como una señal de la inutilidad de los esfuerzos de los Judíos y del orgullo que los inspi-

(1) HORAC., *Sat.*, I, 4, 142.

(2) SAN MATEO, XXIII, 15.

raba, que como una reprobacion del proselitismo; porque esta noble pasion fué la que civilizó el mundo.

El proselitismo es tan antiguo como la nacionalidad judía. Sería una exageracion decir que los Israelitas tuvieron designios de propagar su creencia desde que entraron en la Tierra de Promision. Su deber era, por el contrario, vivir aislados, sin contacto con las naciones idólatras. Pero el aislamiento era un ideal que nunca se ha realizado; la imposibilidad de vivir solos obligó, por decirlo así, á los Hebreos á comunicar su religion á las tribus que habitaban en medio de ellos. El extranjero era un sér impuro, no como extranjero, sino como idólatra; todo contacto con un adorador de los falsos dioses manchaba á los fieles (1). Más aún, la idolatría era un crimen enorme; los que incurrian en él eran castigados con el último suplicio. Los doctores judíos hicieron extensivo el anatema á las naciones extranjeras; segun ellos, Moises condenó á muerte á todos los idólatras. La consecuencia rigurosa de esta proscripcion era que un extranjero no podia habitar en la Tierra Santa, ni áun pasar por ella, bajo pena de muerte (2). Pero aceptando en todo ó en parte las creencias de los Hebreos, el extranjero era admitido en la comunión del pueblo elegido á título de *proselito*. Así la necesidad de entrar en relacion con los idólatras dió origen al proselitismo; más tarde adquirió un carácter más noble con el deseo de propagar el culto del verdadero Dios.

La iniciacion en la ley religiosa tenía dos grados. Aquel que se convertía al mosaismo era llamado *proselito de justicia*. El legislador hebreo conoció que era imposible imponer esta conversion como condicion de la comunicacion entre Judíos y extranjeros. Bastaba someterse á la observancia de los preceptos fundamentales de la religion atribuidos por la tradicion á Noé (3) para adquirir el

(1) La tierra extranjera es una tierra manchada. Véase más arriba, pág. 387.

(2) SELDEN, *De jure natura et gentium*, II, 3.

(3) Dios, segun la tradicion hebráica, dió estos preceptos á Noé despues del diluvio. Eran siete: 1.º, no adorar ídolos; 2.º, bendecir á Dios; 3.º, evitar el incesto y todos los pecados contra el pudor; 4.º, el homicidio; 5.º, el robo; 6.º, no arrancar ningun miembro á un animal vivo; y 7.º, respetar las magistraturas, los jefes de la nacion, y someterse á la autoridad pública (SELDEN, *De jure nat. et gent.*, I, 19). No se trata de estos preceptos en el Pentateuco; pero el gér-

título de *proselito de habitacion*. La ley permitia á estos prosélitos mezclarse con el pueblo de Dios; pero seguian siendo extranjeros, y tomaban parte en el culto de Jehová; les estaba prohibido santificar el sábadó; no eran admitidos en el interior del Templo, y en todo rigor, no podían ni áun habitar en Jerusalem (1).

La admision de los *proselitos de justicia* tenia lugar con todas las formas de un acto religioso. El extranjero que queria entrar en el seno del pueblo escogido, tenia que ser circuncidado; el bautismo lo purificaba y lo regeneraba, por decirlo así; la solemnidad terminaba con un sacrificio; era una verdadera conversion. Los Talmudistas la expresan con vivas imágenes; comparan la condicion del prosélito á un renacimiento; sumido en los errores de la idolatría, el extranjero no tenia verdadera existencia; solamente empieza á vivir cuando participa de la verdad; una alma nueva toma posesion de su cuerpo (2).

La iniciacion religiosa servia de naturalizacion á los Hebreos. Confundiéndose el Estado con la Iglesia, el extranjero convertido al mosaismo quedaba hecho ciudadano. Aquí reaparece el espíritu de exclusion que domina á toda la antigüedad, y de que los Judíos no estuvieron exentos, á pesar de la universalidad propia de su religion. En primer lugar, habia pueblos malditos por Moises en nombre de Jehová, los cuales estaban excluidos para siempre de la sociedad de Israel: «El Ammonita y el Moabita no entrarán en la sociedad del Eterno; ni áun entrará su décima generacion, porque no salieron á vuestro encuentro con pan y agua cuando huiais de Egipto, y porque suscitaron contra vosotros á Balaam para maldeciros.» La exclusion no era tan rigorosa respecto de los Egipcios y los Idumeos; sus descendientes eran admitidos en la comunión de los santos á la tercera generacion (3). Estas restricciones no existian respecto de los otros pueblos. Pero la iniciacion,

men de las obligaciones impuestas á los extranjeros se encuentra en las leyes de Moises (EXODO, XII, 19; XX, 10. — LEVÍTICO, XVII, 12; XXIV, 16. — EZEQUIEL, XIV, 7).

(1) SELDEN, II, 5, 6. Seguimos en este punto la opinion de los Talmudistas, porque nos parece conforme al espíritu del mosaismo.

(2) SELDEN, II, 2, 4. — PASTORET, *Historia de la Legislacion*, t. III, p. 512.

(3) DEUTER., XXIII, 3, 4, 7, 8.

áun cuando regeneraba al extranjero, no tenia poder bastante para asimilarlo completamente al Hebreo. La igualdad no era completa ni áun en las cuestiones de derecho civil (1). En el órden político subsistia la desigualdad: los prosélitos no podian aspirar á los honores ni á las magistraturas (2). Su nombre de prosélito era siempre un recuerdo de su origen extranjero. *Selden* los compara con los Judíos y los Árabes convertidos al catolicismo en España. La comparacion es significativa; la mancha de la idolatría es indeleble.

Este espíritu mezquino es tanto más notable cuanto que está en contradiccion con el dogma del renacimiento religioso de los prosélitos. Por esto fracasó el proselitismo judío, á pesar del celo que desplegaron los doctores en los últimos siglos de la antigüedad. El Judaismo era una religion nacional, apropiada para un pueblo destinado á vivir aislado del resto del género humano: de aquí sus usos y las ceremonias de la Ley. En la mente de Moises, aquellas observancias eran un instrumento para la educacion de los Hebreos; hubieran debido ser abandonadas cuando se tratase de propagar el mosaismo entre los Gentiles; pero, como las suponian dictadas por Dios, no podian hacer alteracion en ellas. El estrecho formalismo del culto judío era, pues, inmutable; es decir, que la propagacion del mosaismo era imposible. En vano trataron los doctores de propagar su creencia; luchaban con obstáculos invencibles. Entrar en el judaismo era, no solamente renunciar á los errores del paganismo, sino renunciar á su patria; la propaganda judía tenia, pues, la pretension de absorber todas las nacionalidades; utopia irrealizable, porque es contraria á los planes de la Providencia. Si penetramos más adentro que estas causas aparentes, encontraremos en la doctrina misma la razon que se oponia á la propagacion del mosaismo: contenia en gérmen las grandes verdades que áun hoy forman el fondo de nuestras creencias, pero necesitaban desarrollo y complemento. Esta mision estaba reservada al cristianismo.

(1) Ciertos prosélitos no podian casarse jamas con los Judíos; respecto de otros, la exclusion no alcanzaba más que á los hombres; finalmente, habia otros para quienes la prohibicion no se extendia más que á algunas generaciones (SELDEN, V, 14).

(2) SELDEN, II, 4.